

pecialmente de la tradicion, porque es preciso que se remonte siempre á su verdadera fuente, á la predicacion de los Apóstoles, los cuales se guardaron muy bien de predicar como por sí mismos, y sólo se presentaron al universo como los testigos, los ecos, la voz de Cristo (1). Tal es la razon primera y capital de la necesidad para el orador cristiano de estudiar los escritos de los Padres.

Estudiar uno de los grandes maestros de los tiempos modernos, no sería suficiente. Porque hasta bajo el punto de vista puramente racional y artistico sería empobrecerse, ó descuidar grandes riquezas, el limitarse á estudiar copias sin remontarse á los originales. Y esto es mucho más cierto en la elocuencia sagrada. Los grandes maestros modernos deben servirnos de guías para remontarnos á los Padres, como éstos para remontarnos á la verdadera fuente sagrada, á la Escritura Santa. Pero la Sagrada Escritura no puede sernos suficiente por sí misma, so pena de caer en todas las aberraciones del sentido privado, ó en todas las alucinaciones de la Gnosis y del Pietismo. El estudio de la Escritura, á la luz de la tradicion, es la única escuela, el único método católico.

En este sentido suscribirémos sin reserva á estos sabios consejos del abate Maury: «No predicaréis más que una moral vaga ó puramente humana, y no daréis jamas á vuestro estilo la precision y la energía propia para tratar los misterios, hasta que no hayais adquirido en la escuela de los Padres esa seguridad de principios, esa claridad de enseñanza de que han sido los órganos y los modelos» (2).

Ved, en efecto, lo que acaecia en el siglo xviii á medida que se trató de limitarse á los modelos del siglo

(1) Cujus nos testes sumus. (Act., III.) In Christo loquimur. (II, Cor., II.) Qui in me loquitur Christus. (II, Cor., XIII.)

(2) *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito*, cap. LXX.

anterior. Como los grandes maestros del siglo xvii habian dado una forma más sistemática á sus discursos que los antiguos; como habian aislado cada asunto más que los Padres y no se habian limitado, como ellos generalmente, á no ser más que los comentadores elocuentes de los libros de la Escritura, poco á poco se fué conociendo ménos que aquellos grandes maestros el estrecho enlace que existe entre la moral y el dogma, entre los misterios y las consecuencias que de ellos se derivan. Bourdaloue jamas habia comprendido que la moral pudiera hallarse separada de los misterios, áun de los panegíricos; se ha hecho muy mal en vituperársele (1). Bossuet habia comprendido profundamente, en interes de la moral cristiana, lo peligroso que sería el separarla demasiado de la enseñanza de los misterios. «Se quiere moral en los sermones, decia, y con razon, puesto que se entiende que la moral cristiana está fundada sobre los misterios del Cristianismo» (2).

Sus imitadores no siguieron esos grandes principios: poco á poco, dejando de alimentarse sustancialmente de la Escritura comentada por los Padres, creyeron poder emprender un nuevo camino.

Nosotros no atribuirémos á la *Pequeña Cuaresma* de Massillon la grande influencia que algunos le han supuesto en la degeneracion de la elocuencia sagrada. Por lo comun, para extraviarse es necesaria una causa más poderosa que el ejemplo de uno solo. Es cierto que dió un mal ejemplo con la composicion de su *Cuaresma*; tambien lo es que su buen éxito no podia ménos de inspirar una emulacion peligrosa, y de hacer perder el camino que conduce á los verdaderos manantiales de la elocuencia sagrada. Y no es ménos cierto, ademas, que

(1) *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito*, cap. xxviii. Panegírico de Bourdaloue.

(2) Sermon sobre la unidad de la Iglesia.

muchos de los sucesores de Massillon tenían bien merecida la censura que les impuso el abate Maury, aunque quizá no puso de manifiesto la verdadera causa del mal.

«No pudo santificarse la filosofía, y se secularizó, por decirlo así, la religión. El antiguo y hermoso método de los grandes maestros... fué reemplazado por el filosofismo, por el mal gusto, por la jerga de la metafísica, por la manía de reducir toda la moral á la *beneficencia*, palabra nueva que sustituyó á la de *caridad*. Se formó un grande empeño en tratar filosóficamente los asuntos cristianos, y cristianamente los asuntos filosóficos, uniéndolos y sujetándolos lo mejor que se pudo al estandarte de la religión. Entónces se predicaba, lo recuerdo con dolor, sobre las pequeñas virtudes, sobre el semicristiano, sobre el lujo, sobre el egoismo, sobre la antipatía, sobre la amistad, sobre el amor paternal, sobre la sociedad conyugal, sobre el pudor, sobre las virtudes sociales, sobre la compasión, sobre las virtudes domésticas, sobre la dispensación de los beneficios, y, en fin, sobre la santa agricultura, etc., etc., y hubiera podido seguirse una cuaresma entera de predicadores de moda, sin oír hablar de los cuatro fines del hombre, de la demora de la conversión de ninguna homilía, de ningún sacramento, de ningún precepto del Decálogo, de ninguna ley de la Iglesia, de ningún misterio y de ningún pecado mortal» (1).

Hubo allí, sin embargo, una escuela, en el seno de la cual se sostuvo con más perseverancia el cultivo de las antigüedades eclesiásticas, queremos decir la escuela de Port-Royal, continuada por la del Oratorio. Pero á esas escuelas faltó el verdadero elemento de vida, la unión con el centro de la unidad católica, ó por mejor decir, esas escuelas no existieron más que para profesar un antagonismo apasionado contra la unidad esencial. ¡Qué

(1) *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito*, cap. xxiv.

rica colección hubieran legado á la posteridad los Nicole, Quesnel y Duguet si hubiesen estudiado los Padres, y particularmente á San Agustín, con ese amor de la unidad que hubieran podido extraer de todos sus escritos! Pero aunque las composiciones de Port-Royal y del Oratorio no aparecen más que como la aplicación práctica de todas esas joyas antiguas, por todas partes se siente en ellas el frío glacial de la muerte. ¡Desgraciado el orador sagrado que vaya á buscar allí sus inspiraciones!... Los escritos de esa escuela pueden compararse á los abonos mal escogidos, que queman el terreno que debían fertilizar. Esta observación es aplicable á todo cuanto sale de los crisoles del cisma ó de la herejía. El espíritu de Dios, por un juicio secreto, les ha rehusado su fecundidad. En el frontispicio de todas sus obras pueden grabarse las palabras eternas: «Sin Mí no podeis hacer nada» (1).

A las demás causas de decadencia se acumuló la influencia de los enciclopedistas. Los oradores sagrados no supieron preservarse de los elogios ó de la censura, lanzados por las huestes de la incredulidad racionalista de todos matices. Nos parecen, en verdad, excesivamente modestos los escrúpulos de un escritor de nuestros días, que cree necesario quemar algún incienso en las aras del filosofismo, ántes de atreverse á formular las apreciaciones de una justa crítica. «¿A quién le ocurriría, dice, el no encontrar buenos unos sermones recomendados por Voltaire?» (2). Pues cabalmente esa recomendación es la que nos hace mirar con prevención los sermones que son objeto de ella. Seguramente M. de Voltaire no se dejaba seducir ni por la magia del estilo, ni por el atractivo de la virtud, cuando escribía: «Yo amo los libros que exhortan á la virtud, desde Confucio hasta

(1) *Sine me nihil potestis facere. (Joan., xv.)*

(2) M. Nisard, *Revista de los Dos Mundos*, 15 de Enero de 1857.

Massillon.» En eso precisamente halagaba las pasiones más anticristianas, porque estaba encantado de ver á la elocuencia del púlpito caminar por un sendero falso, ¿Podía no vislumbrar el triunfo del racionalismo, cuando veía al púlpito católico no conocer ya el poder y la eficacia de sus mejores recursos, ruborizarse en cierto modo de la revelacion, y bajo el pretexto de dedicarse todo entero á todos, renunciar espontáneamente á sus armas propias, para reforzar la armadura tan brillante como poco sólida de una razon ataviada con adornos profanos? De ese modo, no se privaba del maligno placer de colocar en una misma línea á los oradores cristianos y al Theósofo Chino, que le parecia hablaba tan bien, en nombre del buen sentido, como los predicadores contemporáneos.

El siglo XIX, que no tenía que recoger más que ruinas y escombros, no podía en mucho tiempo edificar ni restaurar. Los discursos y los elogios oficiales eran poco favorables para recuperar la sana y vigorosa elocuencia que debe caracterizar al púlpito. No es salpicando con algunos textos bíblicos disertaciones puramente racionales (1), como podían volverse á encontrar las inspiraciones de la elocuencia sagrada. Una obra, entre otras varias, merece llamar la atención, y es las homilias del cardenal de la Luzerne; obra que debe ser considerada más bien como produccion del siglo XVIII. Indudablemente la Luzerne no ha cuidado, ó por mejor decir, no se ha propuesto el secularizar la elocuencia ó *filosofizarla* demasiado. Pero el lector que la examine con detencion, no podrá ménos de hacer la observacion, de que casi podría jurarse que esas homilias no han sido jamas predicadas, porque carecen, hasta el más alto pun-

(1) Cuéntase que el cardenal Maury, cuando tenía casi concluida la redaccion de un mandamiento, decia con cierto gracejo á su secretario íntimo ó particular: «Ahora sazonemos todo esto con un poco de Sagrada Escritura.»

to, de la vida y del movimiento necesarios para pronunciar un discurso. Así es que la Luzerne en ninguna parte da señales de hallarse familiarizado con el estudio de los Santos Padres, aunque de cuando en cuando invoca su autoridad, bajo la fe sin duda de los comentadores. Acostumbrado al género de las disertaciones apolo-géticas en la controversia con los filósofos contemporáneos, no ha adoptado otra marcha, ni ha variado de tono ni de estilo en sus homilias. Son otra especie de disertaciones, pero al cabo siempre disertaciones.

Hacia 1830 el romanticismo, que por un momento habia falseado el gusto en todos los géneros de elocuencia, parece que queria aparecer tambien en el púlpito. Pero la sávia vigorosa que por todas partes vivifica el árbol de la Iglesia, no permitió ni permitirá la invasion general y duradera de los caprichos de la moda. Se debia comprender bien pronto que en el romanticismo habia mucho sensualismo, muy poca gravedad, y todavia ménos facilidad en formular exactamente los dogmas y los preceptos de la verdad evangélica. Así que ese género bastardo fué abandonado tan pronto como ensayado.

La generacion presente y la que la seguirá tendrán seguramente grandes recursos y facilidad para mantenerse en el buen camino. Los escritos de los Santos Padres y de los grandes comentadores de la Sagrada Escritura, puestos por la imprenta al alcance del mayor número, proporcionarán comodidad para recurrir á las fuentes. Las bibliotecas de las presbiterios dejarán de componerse únicamente de colecciones de pláticas y sermones legados por el siglo XVIII. Los cursos de patrología establecidos en las facultades de teología y en los seminarios, revelarán á los jóvenes eclesiásticos los tesoros que parecian perdidos á fuerza de tenerlos olvidados. El ejemplo de los talentos privilegiados sabe ya demostrar cuán fácil es apropiarse á nuestro tiempo, en el fondo y en la forma, las riquezas de las antigüedades eclesiásticas.

Debe hacerse al P. Ventura la justicia de que no ha tardado en franquear el camino, no por medio de una revolución, sino por una feliz restauración de la elocuencia del púlpito. Había comprendido lo que constituyó su fuerza y la hizo triunfar en los buenos siglos de la Iglesia. Ciertamente no había sido por impotencia ni por falta de cultura literaria por lo que los Santos Padres se habían limitado la mayor parte del tiempo á no ser más que los comentadores del texto sagrado. En esos sencillos comentarios encontraron siempre á mano todos los recursos de la elocuencia, profundidad, fecundidad, variedad, sabios análisis del corazón humano, poderosa autoridad contra las malas costumbres y contra las falsas doctrinas. Entrelazando por todas partes en sus discursos el dogma y la moral, ó más bien saliendo el uno de la otra, mostraban que el Cristianismo lo ha abrazado todo, el espíritu y el corazón, y que ha llevado á todas partes la unidad de vida, de esa vida que reside eternamente en Dios.

Debemos también conceder al P. Ventura, el haber entrado resueltamente y manteniéndose en el buen camino, aún cuando las tradiciones y las costumbres locales podían no obrar en un mismo sentido. Es efectivamente una cuestión curiosa y difícil de resolver á primera vista, el explicar por qué la católica Italia con todas sus sanas tradiciones se ha encontrado á veces retrasada en cuanto á la elocuencia del púlpito, y aún en ciertas épocas ha llegado más pronto á su declinación. El siglo xvii, que fué en Francia el siglo de oro de la elocuencia del púlpito, había sido para la Italia una época de decadencia y de eclipse. Los mismos italianos han marcado con un epíteto mal sonante á los escritores, literatos y oradores pertenecientes á aquella época: *Secentista* (1) quiere decir para ellos todo orador infestado del mal gusto que

(1) Es decir, escritor perteneciente al período de 1600 á 1700.

reinaba entonces, y que consistía en complacerse en los juegos de palabras, en metáforas exageradas, en ideas disparatadas y extravagantes, y en comparaciones traídas como por los cabellos, y sacadas malamente de todas las artes y ciencias. El Padre Segneri, de quien se ha dicho mucho bueno y mucho malo, á pesar de tener eminentes cualidades, á pesar de la fecundidad de su imaginación y del vigor de su elocuencia, pagó también algún pequeño tributo á los defectos de su siglo. Si, para consolarse, sus compatriotas le han llamado el Bourdaloue de su país, debe perdonárseles esa hipérbole del patriotismo. Uno de sus principales méritos fué seguramente su superioridad en manejar el idioma nacional. Por otra parte, no sería conveniente dirigir recriminaciones contra las tradiciones religiosas de ese país amado del cielo. Es necesario reconocer con lealtad, que sea cual fuere el poder del Catholicismo, paga por todas partes un tributo más ó menos oneroso á las preocupaciones, á los extravíos, y á las malas tendencias de los diferentes países. El verdadero origen del mal fué en primer lugar el renacimiento, esa invasión de las corruptelas paganas, que se precipitó como un torrente sobre la Italia. En segundo lugar, las sociedades literarias y artísticas, adhiriéndose demasiado á la pura forma en las bellas artes, estuvieron muy lejos de remediar el mal. Y aún cuando en el siglo xviii se efectuó cierta reacción contra los *Secentistas*, puede decirse que el mal subsistió, por lo menos en parte, hasta el siglo presente, por cuanto los italianos casi siempre han manifestado grande tendencia á dar demasiada preponderancia á la forma. Las homilias de Turchi, dignas de atención por la unción y la piedad que campean en ellas, han tenido en Italia un éxito, que quizá no hubieran conseguido en Francia, al menos en el mismo grado. Porque, á pesar de la elegancia y el buen gusto que distinguen á esas homilias, no puede

ménos de confesarse que suenan mucho á cóncavas, y no presentan la solidez y abundancia de pensamientos que se exigen en Francia al orador sagrado.

Un genio tan varonil como el del P. Ventura no podía detenerse en las frases dulces al oído, en las palabras que tienen más de imaginación que de profundidad, ni en las agudezas ó sutilezas del espíritu. Y sin embargo, nosotros no atribuiremos todos sus triunfos á su inteligencia y á su gusto. Su grande sombra se levantaría contra nosotros, y repetiría estas palabras de su última homilía (1): «Habeis aplaudido unas frases sin adornos pero sinceras, incultas pero puras, sencillas pero fieles, que no tienen otro mérito que el que sacan de la doctrina evangélica, de la exposición de los Padres, del sentimiento de la Iglesia, y de una religiosa convicción.»

Llamado á predicar la cuaresma de 1846 en la Basílica del Vaticano, el P. Ventura resolvió pronunciar una serie de homilías sobre las parábolas del Evangelio. La empresa á primera vista podía parecer temeraria, tanto más, cuanto que en Roma, durante el período cuadregesimal, se predica casi todos los días de la semana. Era de temer una de dos cosas: ó que los asuntos tratados tuvieran muy poco enlace con el texto de las parábolas, ó que su desenvolvimiento ó desarrollo no estuviese bastante en armonía con los pensamientos que deben preocupar sobre todo á un auditorio cristiano durante la santa cuaresma. La dificultad fué completamente vencida, y lo que en un principio pudo parecer un acto de arrojo y de fuerza, pareció en su ejecución la cosa más sencilla del mundo. Nada de cuanto puede desearse en el plan de una cuaresma completa fué sacrificado, violentado, ni echado en olvido: ni los fines últimos del hombre, ni los más poderosos motivos de conversión y de penitencia, ni los

(1) Tomo II.

más saludables consejos é instrucciones para la vida práctica, ni las exposiciones de los más elevados misterios, propios para iluminar y fortalecer la fe. Por donde quiera, la parábola le suministró, desde el exordio de su discurso, una exposición del asunto clara y comprensible: el desarrollo del sentido místico fué igualmente fácil, instructivo y rico de aplicaciones. En una palabra, quedó probado una vez más que el Evangelio, explicado por la tradición viva, basta para todo; y que en ese rico filon del texto sagrado, el orador cristiano, apoyándose en nuestros verdaderos antepasados, encontrará con qué satisfacer, en cada siglo, á los corazones hambrientos de verdad y de santidad.

Es ciertamente sensible que el grande orador no haya vivido bastante para velar por sí mismo en la impresión de estas homilías. Además de que, según yo creo, faltan algunas en la colección, ha sido imposible el arreglar completamente el texto por medio de fragmentos diseminados, y muchas veces ilegibles. Vacíos considerables han de haber sido señalados acá y allá por los editores italianos. En más de un lugar es evidente que el P. Ventura no nos ha dejado más que el bosquejo de su pensamiento. Es además muy sabido que el P. Ventura, á pesar de su prodigiosa memoria, se entregaba con bastante frecuencia á una inspiración súbita y siempre feliz. Los que en Francia han podido tomar notas taquígráficas de ciertos pasajes de sus discursos, han podido comprobar muchas veces las felices variantes entre el discurso pronunciado y el impreso.

No queremos ser parciales hasta el punto de negar absolutamente la realidad de ciertos defectos que podrán censurarse al P. Ventura, defectos que más tarde supo atenuar notablemente en los discursos pronunciados en Francia, como, por ejemplo, ciertas oposiciones antitéticas, costumbre contraída sin duda por la familiaridad con los escritos de los Santos Padres, y ciertas enume-

raciones, que serian fatigosas si no estuviesen compensadas por una abundancia de ideas siempre sostenidas y que evitan el hastío. Por la meditacion de la Escritura y de los Padres habia llegado á obtener la preciosa ventaja de que su diction, como su pensamiento, por todas partes es lleno y sustancial, y nunca insípido ni débil: son como los músculos y los huesos esculpidos en el mármol. La severidad misma de un Bruto no hubiera podido echarle en cara que su elocuencia carecia de jugo ni de nervio. Algunos lectores delicados encontrarán tal vez que el P. Ventura ha llevado al púlpito ciertas observaciones demasiado místicas, ciertos pensamientos y ciertas afinidades, por decirlo así, demasiado ingeniosas, que requieren más sagacidad y más elevada instruccion religiosa de las que por lo comun poseen los oyentes, aún en las grandes poblaciones. Pero á esto podria oponerse como apología el ejemplo de los Santos Padres, de quienes el ilustre orador ha tomado, por lo general, la mayor parte de los pasajes.

Sin embargo, no se creá que nos proponemos justificarlo todo y recomendar su imitacion. Lo esencial es que haya en él materia edificante y tendencia á elevar los corazones á Dios. Si algunas veces, demasiado fiel al texto de los Santos Padres, el P. Ventura se encuentra en desacuerdo en algun punto con las ciencias naturales, nosotros opinamos que en eso se verán simplemente ligeros lunares, y no faltas imperdonables. Para ello, por ejemplo, bastará echar una ojeada á las notas de las homilias XXIII y XXVII.

Quizá tambien algunos lectores, especialmente franceses, encontrarán á primera vista cierta dureza de expresion y cierta virulencia de diatriba, pero, sin embargo, siempre fuertemente impregnadas de un verdadero celo apostólico. Bueno será, ademas, observar que el púlpito italiano es, por lo general, más franco, más libre, y aún pudiera decirse que más audaz, de lo que es por

lo comun la predicacion en las demas comarcas católicas. Es necesario tener tambien presente que los oyentes romanos, especialmente los que se agrupaban en derredor del P. Ventura, más numerosos y variados en su conjunto que en cualquiera otra parte, ofrecen más pábulo al celo y al fervor del misionero.

Los franceses saben muy bien que en los Estados Pontificios, y con particularidad en Roma, se ha concedido siempre mucho á la libertad. La Iglesia allí, para ser libre, no tiene necesidad de esperar que haya pasado por un estado más libre.

Nos parece podemos afirmar que estas homilias sobre las parábolas encontrarán un sitio en todas las bibliotecas. El clero podrá sacar de ellas una emulacion y un celo santos para adaptar sin cesar su sagrado ministerio á las costumbres y á los tiempos en que vivimos, permaneciendo, no obstante, fieles á las sanas tradiciones de la antigüedad católica. Los hombres de mundo que cultivan las letras acudirán tambien á ellas para hacer estudios cuyos resultados se convertirán en provecho de la doctrina cristiana, y en pro tambien de las sanas tradiciones del arte sagrado. Las personas piadosas encontrarán en estas homilias ese alimento completo del alma que no se halla en un gran número de producciones contemporáneas, ese alimento sustancioso que jamas se vuelve insípido por una falsa sentimentalidad, si nos es permitida esta frase, y que nutre, en una misma proporcion, al espíritu por la doctrina, al corazon por los impulsos de la fe y de la caridad, y á la vida práctica por una sábia correccion de todos los abusos.

No nos lisonjemos de haber trasladado á nuestra lengua ni la varonil energia del original, que jamas perjudica á la lucidez, ni cierta candorosa franqueza no desprovista de aticismo, ni una majestad siempre sencilla, que caracterizan el estilo del elocuente Teatino. Pero las bellezas que hemos tenido que reproducir son dema-

siado sustanciales y demasiado persistentes, para que hayan podido desvanecerse completamente en una traduccion que nos hemos esforzado en que sea al ménos fiel. Los cristianos que miran con predileccion la elocuencia sagrada, sean los que fueren, podrán convenirse de que la fe sincera que hizo del ilustre Teatino una antorcha capaz de iluminar y de esparcir el calor, era en el fondo el gran secreto de su poderosa elocuencia.

EL ABATE FALCIMAGNE,

De la Academia de la Religion Católica de Roma.

---

---

## HOMILÍAS

SOBRE LAS

### PARÁBOLAS DE N. S. JESUCRISTO.

---

#### PRIMERA HOMILÍA

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

---

EL TESORO ESCONDIDO,

Ó EL PRECIO Y LA IMPORTANCIA DEL SERVICIO DE DIOS  
Y DE NUESTRA SALVACION.

*Aperiam os meum in parabolis. Eructabo abscondita à constitutione mundi. (MATH., cap. XIII.)*

Abriré mi boca para referir parábolas. Revelaré las cosas ocultas desde la creacion del mundo.

Con tanta elegancia y gracia como profundidad, el Profeta habia dicho en otro tiempo: « Señor, el esplendor de vuestra faz radiante se ha reflejado sobre nosotros » (1).

De ese modo el Profeta nos mostraba lo que es el conocimiento producido en nosotros por la fe, que no es más que un reflejo de la luz de la inteligencia divina iluminando la inteligencia humana. Mas como la inteligencia humana ocupa el rango más bajo en la serie de las inteligencias, como es débil, enfermiza y se halla aprisionada en un cuerpo, era necesario, segun San Dionisio Areopagita, que el rayo divino que viene á despertarla, iluminarla y vivificarla, la llegase envuelto en una forma y una cubierta corporal. Era preciso que la divina Sabiduría con una

(1) Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine. (Ps. 4.)